

René Zavaleta, el maestro

Jorge Zepeda Patterson

La desaparición de René Zavaleta ha dejado tras de sí una secuela de tristezas en muchos ámbitos de nuestro continente. Las expresiones de duelo han tenido origen tan diverso como variada y rica fue la trayectoria de vida de este pensador y luchador latinoamericano. Recomponer un perfil de su obra y su persona supondría, por lo mismo, un vasto recorrido por sus textos y por una legión de amigos, más o menos cómplices de vida. Porque, en efecto, para muchos Zavaleta es una vivencia, un cruce de trayectorias significativo. De alguna manera René está cristalizado en la suma de visitas al corazón de los que compartimos con él una botella, una reunión política o un salón de clase. No sé cuántas centenas de cientistas sociales le tuvimos como profesor; aún más difícil es saber el impacto del pensamiento de René en este abigarrado grupo latinoamericano. Estoy cierto, sin embargo, que para muchos constituye un recuerdo vivo, un profesor inolvidable, dadas las peculiaridades de su práctica docente.

Nunca supimos quién le bautizó como “el indio poeta” y tampoco si tal apelativo se limitaba a la FLACSO —donde lo tuvimos como profesor y director en la maestría de ciencias sociales— o gozaba de audiencias mayores. Lo cierto es que circulaba con gran éxito y formaba parte ya de la cultura específica que tiene toda casa de estudios. Se transmitía, como las buenas costumbres, de generación en generación de estudiantes, apoyándose cada vez en nuevas y mejores anécdotas.

Pero ni siquiera el bello mote del que llegaba precedido,

ayudaba a Zavaleta a convertirse en un profesor de rápida aceptación entre los estudiantes. Durante los primeros contactos su *rating* padecía el peso de una apariencia seria y parca, casi severa. Todo contribuía en él a infundir una primera sensación de rudeza; los rasgos fuertes de su rostro, la ausencia de ceremonialismo, y sobre todo su peculiar dicción. De hecho Zavaleta no hablaba, espetaba. Cualquiera se intimidaba ante sus parrafadas breves y bruscas (después he conocido a otros bolivianos que también hablan como en arremetidas); a ellas oponíamos silencio e incompreensión.

Probablemente en otros ambientes fuese distinto, pero creo notar, en retrospectiva, una percepción cambiante hacia René por parte del grupo: empieza por una imagen de severidad y distanciamiento que se trastoca lentamente en otra de cariño, no exenta de respeto. Por lo que a mí toca, recuerdo claramente mi disgusto frente a las primeras sesiones de su curso. Además de intimidarme, me irritaba la manera "ilógica" como armaba su exposición y sus continuas metáforas, que a mí me parecían poco menos que codificaciones estériles. Poco a poco le fui agarrando el gusto a sus palabras y el interés a sus ideas.

Pero esto no era fácil. Zavaleta distaba de ser un expositor didáctico. Uno tenía la permanente sensación de haber entendido a medias; de no percibir el sentido oculto detrás de las hermosas frases que gustaba acuñar. Y es que la lógica de su discurso se movía simultáneamente en un plano sociopolítico, incluso económico, y en otro filosófico; salpicado de continuas referencias históricas. Todo ello expresado en un lenguaje metafórico, no ausente de poesía y latinajos (lo cual hacía pensar, *mutatis mutandis* como él diría, en los textos del Marx hegeliano, el de los primeros escritos). El resultado era un discurso denso, pero sumamente atractivo. Descodificarlo requería enormes dosis de concentración y estudio; y ni siquiera esto aseguraba una comprensión mediana. Cuando uno creía haber entendido por qué "la reproducción es el lado reaccionario de la política", por ejemplo, René imprimía un giro adicional a la rosca de sus reflexiones, desarrollando sesgos inesperados que acababan por hacer trizas la comprensión original del pasaje en cuestión. Algunos habían terminado por renunciar a semejantes esfuerzos de comprensión y habían optado por relajarse en el asiento y disfrutar la fraseología poética de René. Escuchaban al acecho de planteamientos como "la oligarquía es una burguesía que no tiene

ideología burguesa”, “la democracia representativa es la aplicación de la contabilidad a la política” o “la historia se ha vuelto vulnerable al hombre”, para desmenuzarlas en silencio y regodearse con su sonoridad, con sus múltiples matices y posibilidades.

El concepto de autonomía relativa de Estado, que gustaba de utilizar, es un buen ejemplo de la forma en que su mente discurría. La clase podía comenzar de golpe con la siguiente frase: “Que sea relativa plantea un problema al concepto de autonomía cuando se trata del Estado”. Luego seguía una larga pausa durante la cual podía escucharse el trajín de nuestros cerebros, afanándose por esclarecer y asimilar. Tras lo cual disparaba: “y es que el Estado no sólo es la síntesis de la sociedad, no sólo realiza la unidad; tiene el secreto de la unidad, ¿no es cierto?”; con lo cual quedábamos convencidos de que René podría haber sido un extraordinario maestro de budismo zen. Por lo demás, el acostumbrado “¿no es cierto?” con que remataba sus esotéricas frases no disminuían la incomprensión pero introducían un elemento de complicidad al responderla con nuestro asentimiento silencioso.

Las frases contundentes, casi epígrafes, constituían los ladrillos de su sociología: “la superestructura es la zona del azar de la historia”, “el socialismo es la explotación de la fuerza creada por la burguesía, pero sin la burguesía”. Frases redondas y sólidas que hacían la suerte de rupturas entre las que se movía el pensamiento de René. En más de una ocasión le recuerdo suspender de golpe una larga y confusa explicación para hacer una pausa prolongada y reiniciar, como si nada, con una de sus hermosas frases: “la masa es a la táctica lo que la clase a la estrategia”. Las virtudes de la expresión parecían iluminar o aclarar sus ideas, permitiéndole retomar la explicación desde una perspectiva más firme.

De hecho algunas clases giraban en su totalidad en torno a alguna de estas frases; en ocasiones suyas, en ocasiones procedentes de textos de Marx. A partir de la frase madre, René comenzaba a avanzar y retroceder hasta agotar las mil y una implicaciones filosófico-políticas de la expresión, lo cual daba pie para construir una nueva constelación de giros y expresiones, algunas de ellas de gran fuerza plástica. Lo increíble es que de todo esto resultase sociología; proposiciones valiosas e ingeniosas, aunque no del todo organizadas en un cuerpo sistemático.

Ciertamente, René tenía mucho de hermenéutico. En dos ocasiones evaluamos sus cursos con un ensayo final consistente en comentar una serie de citas-párrafo tomadas de varios textos de Marx. El hecho de que Marx plantease que Aristóteles no podía ver la equivalencia entre una casa y cinco lechos, nos llevaba al problema del "horizonte de visibilidad", y éste al concepto de valor, lo cual refería, en forma sucesiva, a las relaciones contractuales en el capitalismo, a la noción de hombre libre, a la naturaleza de la dominación y a la necesidad del Estado. Apenas comenzaba uno a desenvolver la frase cuando se encontraba de lleno en un entramado de nociones y conceptos; una verdadera caracterización de la sociedad capitalista. Al responder a esos exámenes caía en cuenta que Zavaleta no sólo nos enseñaba su sociología marxista, sino fundamentalmente una metodología para la reflexión, una vía de acceso a la construcción teórica.

No todos comprendíamos estos métodos. Para algunos de nosotros resultaba exasperante el excesivo apego a los textos marxianos y veíamos con cierta suficiencia lo que considerábamos una manifestación de su ortodoxia. Pero si lo era, Zavaleta constituía un marxista ortodoxo en la modalidad más rica del término. Su fidelidad al pensamiento marxista parecía nutrirse de un continuo desarrollo de los planteamientos originales y una permanente confrontación con la evidencia histórica.

Y esto me permite abordar otro rasgo de su pensamiento particularmente importante para su práctica docente. La permanente contextualización histórica de sus ideas. No importa cuán abstracta fuese su reflexión, no pasaban muchos minutos sin que hiciese una ilustración concreta. Para ello utilizaba cualquier periodo, cualquier sociedad, desde la incaica hasta la inglesa, pasando por el Cercano y Lejano Oriente. Una reflexión como "la democracia es la medida de la presencia del hombre", podía dar paso a una referencia a los Balcanes, a Nicaragua o a alguna oscura dinastía china.

Y sin embargo no utilizaba la historia como un mero recurso legitimador de sus reflexiones. En él constituía fundamentalmente un instrumento de conocimiento. Con frecuencia citaba un hecho histórico para ilustrar sus afirmaciones e inmediatamente recordaba otro que parecía contradecirlas. Ello le obligaba a cuestionar, relativizar y a veces modificar su primer planteamiento, para dar paso a uno más complejo que de inmediato recibía de nuevo su confrontación histórica. No siempre parecía

salir bien librado de estas idas y venidas, pero uno tenía la impresión de que ahí mismo, en clase, se estaba haciendo, construyendo, sociología. En cualquier caso, en los momentos de mayor entrapamiento siempre tenía el recurso, como ya se ha dicho, de invocar alguna de sus frases mágicas, tras de lo cual pisaba terreno firme (aunque no estoy tan seguro de responsabilizar a René de lo que a veces percibí como “entrapamientos”. La interrupción brusca a mitad de una reflexión podría haber sido causada por la expresión de nuestros rostros, paralizados por la incompreensión en ciertos pasajes particularmente intrincados).

Alguna vez nos entregó como material de clase un escrito suyo: “Cuatro conceptos de la Democracia”. Constituía una síntesis apretada de las explicaciones que nos había estado dando desde hacía algún tiempo. A la siguiente clase nos sometió a un minucioso interrogatorio que no aceptaba respuestas fáciles. El cuestionamiento evidenció lo superficial de nuestras lecturas, pero fundamentalmente la profunda red de reflexiones que se encerraban en nociones aparentemente inconexas.

Frente al desencanto de René, Aura, una estudiante colombiana sumamente talentosa, políticamente radical, se comprometió a hacer una exposición crítica sobre estos materiales en la siguiente sesión. Todos nos regocijamos ante la perspectiva cercana de un buen *match* discursivo. Y lo hubo. La compañera utilizó más de dos horas para hacer una crítica fundamentalmente política al texto. A muchos nos pareció que en buena parte la crítica era injusta porque tergiversaba y acusaba a Zavaleta de cuestiones que éste distaba de defender. Pero la indignación sólo alcanzó al auditorio. Zavaleta respondió a medias con unas cuantas metáforas, dejando escapar una “victoria” más o menos fácil. Me dio la impresión que en René pudo más el respeto por el valor de la compañera, que el deseo de hacer una aclaración pedagógica sobre una cuestión política, a costa de desvalorizar y quizá ridiculizar la argumentación de una alumna. Curiosamente el hecho derivó en una creciente amistad entre Aura y su grupito y René. Supongo que también ellos intuyeron algo sobre la calidad humana que encierra un pequeño acto de generosidad con cargo a la propia imagen. En tal sentido su corazón de poeta fue una *rara avis*, en una comunidad más bien caracterizada por el canibalismo intelectual.

Otros actos de generosidad eran anónimos. Días antes de iniciar clases una compañera confesó a René su consternación y

temor a fracasar frente a las exigencias y demandas de los cursos. En las primeras semanas era frecuente verla circular pensativa, con un dejo de preocupación en el rostro y un lote de libros bajo el brazo. En cierta ocasión intercambiábamos en un pasillo reflexiones pesimistas sobre la intensa carga académica, cuando Zavaleta se aproximó de paso a su oficina. Aunque bajamos la voz seguramente no le pasó inadvertida nuestra preocupación, porque dirigiéndose a ella en voz alta espetó: "quiero felicitarte por tu trabajo, acabo de corregirlo y es excelente". Tras de lo cual se fue con una gran sonrisa de satisfacción. Ninguno de los dos nos atrevimos a decirle que la compañera no podía haber entregado tal trabajo, porque ni siquiera estaba inscrita en su curso.

Creo que este último es el rasgo que predomina cuando invocamos el recuerdo de René, aun en su carácter de profesor: solidaridad, calor humano, solidez y consistencia como persona. Su enseñanza constituye más una manera de ver al mundo que un cuerpo de conocimientos. Si bien es cierto que a veces me sorprendo pensando a la sociedad a merced de las fórmulas de René, y supongo que no soy el único, creo que eso es lo menos importante de su herencia intelectual. No importa cuán hermosas sean, estas frases constituyen cascarones vacíos si no están nutridas en la reflexión de la vida misma, en el compromiso político, en la honestidad intelectual. El patrimonio de René consiste en una propuesta a la reflexión pluridimensional, histórica, dialéctica, centrada fundamentalmente en el hombre. En el contexto de los desencantos intelectuales, su pensamiento es una invitación fresca y original a repensar al marxismo como marco explicativo y transformador de nuestras realidades.

La noticia de su fallecimiento golpea con la fuerza de una gran pérdida. Las futuras generaciones de cientistas sociales de nuestro continente tendrán otros profesores más o menos brillantes, más o menos didácticos en sus explicaciones. Y sin embargo la pérdida es irreparable. Uno se pregunta por la mezcla de vivencias y azares biológicos que se necesitan para recrear esa figura corpulenta, tosca, llena de cariño, compromiso y honestidad, ¿cómo reproducir a un indio poeta?